

T R A C Y R E E S

*El*  
JARDÍN  
*De*  
ROSAS

Libros *de*  
*seda*

*Para Marjorie, Beverly, Gill y todas mis otras rosas.*



*Londres, 1895*

**L**a escalera de metal fijada a la pared del pozo de hielo traqueteó mientras descendía y Mabs sintió que el corazón se le hundía más con cada peldaño. A doce metros de profundidad saltó para aterrizar entre las sombras que no le permitían ver más allá de sus rodillas. El frío era cortante, implacable a pesar de las capas de camisas y abrigos en los que se había envuelto y de la bufanda de lana que le había prestado uno de los chicos del muelle. Se la había enrollado alrededor del cuello y parte de la cara, pero el ambiente helador la atravesaba.

Rápidamente se le unieron otros tres trabajadores, todos varones, por descontado, que saludaron escuetamente a Mabs y a los demás. Era un mundo extraño y oscuro. Los gritos y el estruendo del muelle del canal situado sobre ellos llegaban amortiguados y remotos en el silencio reinante entre las altas pilas de hielo. Mabs no podía evitar tener la sensación de que la estaban observando. Era como si aquello fuera una pesadilla, pensó. Le habría gustado despertarse con un grito ahogado y un inmenso alivio al ver que no era real. Pero lo era.

Al llegar esa mañana al trabajo, recibió la desagradable noticia de que trabajaría en los pozos de hielo; los llamaban «las sombras».

Para colmo, ni siquiera era temporada de hielo. Allí era invierno cuando el hielo llegaba desde Noruega en montañas relucientes atadas a las barcazas y había que bajarlo a las sombras. Y era en verano cuando se subía para abastecer las casas de los ricos. Normalmente, en octubre no había que ocuparse de esa tarea. Pero esa semana estaba siendo calurosa y soleada, con cielos azules y luminosos, y repuntaba el consumo de helados. Así que los vendedores habían decidido continuar con sus puestos abiertos un poco más, y a Mabs y sus compañeros les tocó bajar para sacar el hielo que quedaba.

Miraron a su alrededor, sopesando por dónde empezar. Su trabajo consistía en desplazar los grandes bloques para ponerlos al alcance de unas pinzas gigantes, que colgaban de una enorme cadena suspendida a doce metros de altura. Mabs y dos de los chicos se pusieron en marcha, empujando la pesada carga con todas sus fuerzas, mientras que un tercero, un tipo alto con un mechón de pelo del color del heno, los dirigía y maniobraba con la cadena. Cuando el bloque estaba colocado en la posición correcta, fijaban las tenazas alrededor de forma segura, antes de gritar al suizo Louis para que lo levantara. Cuando un bloque se elevaba, se dirigían inmediatamente al siguiente.

La mayoría de los trabajadores habituales del hielo habían regresado a sus lugares de origen: Suiza, Italia, Francia. Unos pocos, que no tenían motivos para volver, trabajaban en los canales todo el año. Les llamaban de todo: franchute, hortelano, espagueti... sin que importara su verdadera nacionalidad. Aparte de eso, encajaban bien. Era Mabs la que no encajaría si lo supieran.

No era una trabajadora típica. Era menuda, pero su padre se había derrumbado de dolor cuando su madre murió, hacía casi un año, y tenía seis hermanos pequeños. Alguien tenía que ganar dinero, así que se vistió de chico, escondió el pelo bajo una gorra y pasó a llamarse Mark.

Se guardaba de sí misma en el trabajo. Eso significaba que dejaba pasar las animadas bromas que aliviaban un poco la dureza de la tarea. Temía que descubrieran que era una chica. De manera que agachaba la cabeza, se afanaba con el hielo y se quedaba al margen

mientras los chicos rompían la monotonía entre bromas y risas. Los que trabajaban junto a ella se llamaban Big y Mikey, según dedujo, y el otro era Kipper,<sup>1</sup> mejor que fuera solo un apodo. En cualquier caso, no tenía mucho sentido hacer amigos. Los trabajadores iban rotando de cargamento en cargamento en función de las necesidades. Nunca se formaba parte del mismo equipo durante mucho tiempo.

Por el Regent's Canal viajaban todo tipo de artículos, madera, grano, arsénico, estiércol, pero el hielo era lo que ella más odiaba. Era resbaladizo cuando se necesitaba que fuera estable y pegajoso cuando hacía falta que se deslizara, y totalmente rencoroso, pensaba siempre Mabs.

Horas más tarde, le temblaban los brazos y las piernas; tenía los pies, dentro de las botas gastadas que calzaba, completamente entumecidos. Ya no estaba segura de que su escasa fuerza sirviera de algo. El cansancio, el frío y la luz tenebrosa le debilitaban los sentidos. Cuando otro bloque se elevó por encima de sus cabezas, Mabs gimió y se apoyó en el siguiente, con la cara levantada hacia el cielo lejano. Cerró los ojos, terriblemente cansada.

Un repentino y ensordecedor estruendo y un grito horrorizado procedente de lo alto la sacaron de su estado de aletargamiento; al abrir los ojos vio una masa de hielo de ciento cuarenta kilos cayendo como una roca. Los chicos, más avispados que ella, que no podía moverse, se apartaron de un salto. La conmoción de ver aquel enorme peso muerto precipitándose hacia ella la paralizó. Al instante, sintió cómo algo la derribaba hacia un lado y se encontró boca abajo, entre el frío del suelo y un cuerpo caliente encima. Sintió que ese cuerpo se estremecía cuando el hielo se estrelló contra el suelo, lanzando puñales helados que volaban por todas partes. El estrépito cesó. La sombra recuperó el inquietante silencio y dejó de sentir aquel peso sobre ella. Mabs se volvió sobre la espalda y se puso en pie. Tenía las piernas débiles y temblorosas como flanes, pero no podía quedarse allí tumbada o se congelaría.

---

1 N. de la Trad.: «Arenque» en inglés.

Uno de los chicos, Kipper, la había salvado; y ella se quedó sin palabras. El chico estaba frente a ella, mirándola con incredulidad. Tenía el pelo color heno alborotado por el susto.

—No *t'has movío* —dijo él con tono suspicaz.

—No podía —respondió ella.

El suizo Louis bajó a toda prisa por la escalera, balbuceando disculpas, aterrizado por si habían matado a alguien. Los tenía a todos delante, sanos y salvos, excepto a Big. Uno de los puñales voladores se le había clavado en una pierna. Louis lo ayudó a salir del pozo. Mabs lo vio desaparecer por la salida y contempló el rastro que las gotas de sangre dejaban en la escalera. Se sintió mal.

Un grito indignado llegó desde arriba, era el capataz que se había acercado para ver lo que ocurría.

—¡Terminaremos contratando a un grupo de orangutanes! —gritó, y escupió en el pozo—. ¡Solucionadlo! No vamos a desperdiciar nada. Metedlo en cubos y subidlo aquí. ¡Ahora!

—Bueno, entonces... volvamos al trabajo —comentó Kipper.

—¡Espera! —gritó Mabs—. *M'has salvao*. Gracias.

—No es necesario que me lo agradezcas, poco podemos *hacé* los unos por los otros —respondió, mientras recogía fragmentos de hielo.

Mabs temblaba de manera violenta, la conmoción se apoderaba de ella. Sin embargo, ¿qué podía hacer más que seguir el ejemplo de su compañero?



Mucho más tarde, se dirigió a su casa arrastrando los pies por el duro camino de sirga del canal, luego los adoquines de Clerkenwell y por último las sucias calles de Saffron Hill. Había caído una ligera lluvia y la noche violácea se cerraba alrededor a medida que avanzaba. De las formas oscuras de los portales surgían de repente seres humanos que extendían las manos para pedir monedas o hacían comentarios obscenos. Mabs agachó la cabeza y se ciñó el abrigo, se sentía aliviada por llevar ropa de chico. Había vivido en esa zona

toda su vida y, aparentemente, no era tan mala como antes; aun así, no sentía ningún apego por ella.

Los hombres de la familia Daley llevaban más de cien años trabajando en los canales de Londres. Su tatarabuelo, Jack Daley, y sus hijos habían formado parte de los equipos de trabajo que los habían construido, y todos los descendientes varones habían trabajado después en los muelles, cargando y descargando las barcazas. Cuando Mabs era pequeña, pensaba que los canales eran emocionantes. Su padre llegaba a casa con sus historias de hombre sobre la vida en el centro del universo y hacía que las vías fluviales parecieran lugares propicios para grandes aventuras. Creía que los Daley tenían allí su oportunidad. Pero ahora Mabs sabía cómo era el infierno: no era fuego rojo y abrasador, sino verde grisáceo, vacío y tenebroso, con enormes barcazas gimiendo bajo el peso de una carga insoportable y con poderosos caballos forzando sus músculos para tirar de ellas; incluso algún que otro cadáver pálido flotando en el agua espesa e indiferente.

Ese día había estado muy cerca del infierno, lo tenía muy claro. Después se enteraron de que una de las tenazas para elevar el hielo se había roto y había dejado caer la carga antes de que estuviera segura en el muelle. De esas azarosas circunstancias dependían sus vidas. Si el chico del pelo del color del heno no la hubiera apartado y derribado, habría muerto aplastada, así de simple. Le hubiera gustado agradecerse como es debido. El accidente la había dejado tan aturdida que fue la última en subir la escalera salpicada de sangre cuando terminaron el trabajo. Al llegar arriba no había rastro de su salvador.

Era demasiado fácil imaginar que esa noche podría haber sido muy diferente: sus hermanos en casa, una llamada a la puerta, la noticia de que Mabs había muerto. Su querida hermana desaparecida. No quedaría nadie que se ocupara de ellos. Siempre había sabido que tenía una vida precaria, pero ese día lo había comprendido de verdad. El problema es que no había alternativa. No para gente como ella.

Se desvió de la calle Shirley por un pasaje cubierto que antes, hacía mucho tiempo, llevaba a los establos. Los Daley vivían más allá, en uno de los antiguos patios. Por allí lo llamaban Mushroom Court.



No tenía ni idea de si ese era su verdadero nombre. Era oscuro y estrecho y estaba abarrotado de casas decadentes. Entró en una de ellas y subió unas escaleras astilladas hasta el segundo piso. Odiaba Saffron Hill. Odiaba Mushroom Court. Odiaba el canal. Pero cuando abrió la puerta de la habitación de los Daley, se olvidó de todo aquello que odiaba y no vio más que los rostros que amaba.

—¡Mabs!—gritó Jenny, la primera de sus hermanas, levantando la vista con alegría. Mabs frunció el ceño. Jen volvía a forzar la vista haciendo remiendos por un par de peniques, a la débil luz de una lámpara parpadeante. Solo tenía quince años y ya se ofrecía para buscar algo que hacer. Necesitaban ese dinero.

Peg, de doce años, estaba preparando la cena, nada del otro mundo: un poco de pan y queso y unas cuantas manzanas. Le sonrió mostrando el amplio hueco que las dos paletas delanteras, que le faltaban, habían dejado.

Después de tres chicas, su padre se había empeñado en tener un varón. Nicky, de once años, fue el siguiente a Peg. Después vino Jem, de nueve años, y luego Matthew, de siete. Nicholas y Maureen habían decidido que seis hijos eran suficientes. Pero tres años después llegó otro, una niña. Maureen la había llamado Angeline.

Angie se acercó a Mabs y le pidió un abrazo. Mabs la levantó entre sus brazos doloridos y fue a abrir la ventana; la habitación olía demasiado fuerte a sudor y a la grasa del pelo. Pero la ventana solo dejaba entrar los olores nocturnos de la tierra y de las coles, así que la cerró de nuevo. Mejor sus propios olores que los de los demás. Los miró a todos. Quería algo más para ellos. Ni siquiera sabía qué más había, pero eran preciosos y anhelaba conseguir cosas buenas para ellos. «Tan solo dame una oportunidad —rogaba intensamente—. Lo que sea. Lo aceptaré».

—¿Papá? —preguntó. Pero Nicky negó con la cabeza.

—No lo he visto en *to'l* día.

Se le encogió el corazón, pero se limitó a asentir. Dejó a Angie en el suelo dándole un beso en la cabeza y se quitó el abrigo y la gorra. El pelo le cayó sobre la cara y, de inmediato, se sintió un poco más ella misma.



Podría ser peor, se dijo mientras miraba a su alrededor. Es cierto que una habitación no era mucho espacio para ocho personas, pero conocía a familias como ellos o más numerosas que compartían habitación con otras dos o tres más. Al menos dormían en el mismo sitio cada noche. El patio no era un lugar agradable, pero tras él se escondían edificios todavía peores. Antes de que su madre muriera, habían vivido en dos habitaciones de un patio cercano donde la luz era un poco mejor, pero la situación aún podía empeorar, y estaba decidida a impedir que eso sucediera. Aun así, si su madre pudiera verlos ahora, se le partiría el corazón, estaba claro.

—Lo estás haciendo *mu* bien, Mabs —le dijo Jenny suavemente, como leyéndole la mente—. Estamos bien aquí, ¿*verdá* que sí, chicos?

Todos asintieron con entusiasmo, como si la vida en Mushroom Court fuera una eterna diversión.

—Hoy he *ganao* una pelea de *conkers*<sup>2</sup> —dijo Matt, de cara pecosa.

—¿En serio? —preguntó con tono cariñoso—. ¡Cielos, ya hay castañas!

—No eran *mu* buenas. —Frunció el ceño—. Un poco chicas. Pero creo que dentro de unas semanas las habrá más grandes.

—Eso creo yo también.

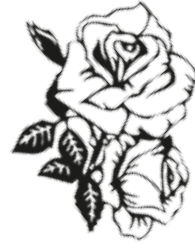
Benditos sean todos. A su tierna edad comprendían lo suficiente cuál era su situación como para intentar que se animara y que viera que no había nada malo en su mundo. Los amaba con todo su corazón. Y eso le impedía tirar la toalla en el muelle, incluso cuando estaba cerca de rendirse. La supervivencia de ocho personas era una carga demasiado pesada para llevar sobre unos débiles hombros de dieciocho años, pero ahí estaba ella, en un trabajo que no le estaba legalmente permitido desempeñar. Si su padre pudiera superar la pena para volver a trabajar con regularidad, eso ayudaría, pero por ahora su salario en el canal era lo único que impedía que todo fuera mucho peor.

---

2 N. de la Trad.: Juego infantil que consiste en romper castañas.



## Olive



**T**odas las tardes ha habido reunión en nuestro reducido y feliz hogar. Por supuesto, cuando digo «reducido hogar» me refiero a la familia, mis padres y yo, no al tamaño de nuestra casa, que es escandalosamente enorme. Nos hemos sentado juntos después de la cena, como siempre, y la tensión que se palpa en el ambiente es tan densa que podríamos untarla en una tostada.

—Me gustaría que lo reconsideraras, Olive —dice mi padre con tono melancólico. Se podría pensar que estoy planeando sacrificarme en un horno.

—No tienes que hacerlo simplemente porque dijiste que ibas a hacerlo —comenta mi madre en su mejor tono persuasivo—. Podrías esperar un año más, querida.

Pero la decisión está tomada. Mañana adoptaré una niña.

Soy una solterona. Muchas mujeres rehúyen la palabra, pero yo no. Soy la única hija del capitán Westallen, antiguo héroe de la Marina Mercante, cuyas hazañas corrieron de boca en boca durante muchos años por todo Londres. Soy una mujer privilegiada, educada y, aunque no quiera incidir en ello, rica. No necesito un marido. Y, a pesar de que tengo fortuna, no se me considera un buen partido. Soy corriente, no es que sea nada alarmante en ningún sentido, nadie que me viera por la calle se asustaría, sencillamente, soy corriente. Además, soy demasiado independiente, dema-

siado intelectual. Incluso en este final de siglo XIX, soy una novia... con pocas posibilidades.

Y sí, hubo años, dos o tres, en los que derramé lágrimas por esta circunstancia. Pero salí adelante. Así que me quedaré en la casa de mis padres en Hampstead toda mi vida. Bien. Es una casa hermosa, cómoda y envidiable, así que, ¿voy a ponerme a llorar por eso? No creo. La verdad es que la gestión de un hogar, emplear sirvientes y celebrar cenas o comprobar la calidad de la ropa de cama dos veces al año, no me interesa en absoluto. Si tuviera que hacerlo, es muy probable que se me licuara el cerebro.

En cuanto al matrimonio, bueno, no me opongo a él. El ejemplo de mis padres es inspirador. Pero no todas las uniones son igual de armoniosas. Me iría bien como esposa de alguien amable y sensato que me reconociera como su igual y no tratara de imponerme las tonterías de los hombres. Pero ¿dónde podría encontrar a alguien así? Desde luego no en Hampstead. Porque he vivido aquí mucho tiempo y me interesan los asuntos de mis vecinos como a una buena solterona. Si hubiera un hombre que pudiera hacer feliz a Olive Westallen en un radio de quince kilómetros, lo conocería. Y no lo conozco.

Sin embargo, tengo el sorprendente anhelo de ser madre: de retozar en la alfombra del cuarto de los niños, disfrutando de las aventuras alborotadoras de la imaginación, de chapotear en los charcos de enero, de recoger las hojas caídas, del color del fuego en octubre. Nuestra casa, como ya he dicho, es grande, pero solo somos tres Westallen para llenar las habitaciones de arriba. Me parece un desperdicio.

Al principio no veía la manera de evitarlo. Difícilmente iría a los muelles y me ofrecería a un marinero; soy progresista, no una depravada. Hace tres años, como parte de mis desvelos caritativos, empecé a visitar el Hogar para Niños en Belsize Park. Allí, las necesidades materiales están cubiertas, al menos las básicas. Pero ¿qué hay del amor? ¿Qué hay de saber que siempre tendrás un lugar, qué hay de ese tipo de certeza que solo puede crecer en un hogar en el que te quieren y te valoran? Me di cuenta de que yo podía proporcionar eso. Decidí que si seguía sin casarme a los veintiocho años, adoptaría. Mañana cumplo veintiocho años.

Mis padres se opusieron desde el principio. Piensan que arruinaré mis perspectivas matrimoniales de forma definitiva si voy por la vida como una mujer soltera con una hija.

—Simplemente les contaré que es adoptada —argumenté, contrariada por la posibilidad de no poder llevar a buen fin de manera inmediata mi plan.

—Eso es lo que diríamos si no lo fuera —señaló mi madre.

Mi padre no quiso dejar el asunto.

—No es que la gente vaya a pensar que la niña sea tuya, Olive. El orfanato está cerca, será de dominio público su procedencia. Es el hecho de que a mucha gente le resultará difícil aceptar a una niña así. No conocerán su origen, su sangre. A nosotros no nos importa, pero a muchos otros sí. Y nos preocupamos por ti, querida. ¿Una mujer soltera cargada con una niña? Sé que dices que nunca te casarás, pero eres una mujer de impecable educación y fortuna. Los hombres aún pueden estar interesados en ti, Olive, pero creo que no lo estarán si llevas una hija adoptada a cuestas. ¿Qué hombre querría a una mujer con esa carga? Es demasiado poco convencional.

—Por no hablar de las asociaciones desagradables. —Mi madre se estremeció—. Con todas tus extravagancias, Olive, eres una persona buena y moral. No podría soportar que nuestros vecinos pensaran que haces algo poco... recomendable. El escándalo de Brixton fue antes de que tú nacieras, querida, pero nuestra generación lo recuerda bien.

Es cierto que la adopción no es una práctica bien vista. Hace algunas décadas, salió a la luz que personas sin escrúpulos aceptaban dinero para cuidar bebés huérfanos y luego los dejaban morir. Ahora, a las personas que desean adoptar se les suele acusar de lo mismo. Por supuesto, no me gusta que la adopción no tenga estatus legal y que todo el mundo arrugue la nariz ante la palabra. Me gusta el orden y el honor. Pero ¿voy a negarme a mí misma y a una niña la oportunidad de ser felices por lo que puedan pensar los demás? No soy tan boba.

Además, una cosa que no les he dicho a mis padres es lo mucho que temo cuando ellos ya no estén. Me gusta mi vida de soltera, pero esa satisfacción es posible gracias a mis padres. Siempre nos hemos

reído juntos y siempre hemos superado unidos cualquier dificultad. El mero hecho de tenerlos asegura que, aunque no esté casada, nunca me sienta sola. Sé que es el orden natural de las cosas que perdamos a nuestros padres en algún momento y confío en que ese día esté muy lejos para mí. Aun así, a veces por la noche tengo pesadillas agobiantes en las que se van. Cuando eso se convierta en realidad, debo tener una razón para seguir adelante y que el amor llene mi vida.

No les he dicho nada de esto porque no quiero angustiarlos. Lo único que quieren es que sea feliz. Por eso mi madre me ruega que espere un año más; todavía confían en que aparezca alguna versión victoriana de caballero montado en un caballo blanco y me salve de mí misma. Todavía esperan, según he descubierto ahora, un nieto de mi propia sangre.

—No es que no queramos una nieta adoptada —dice ella, con lágrimas en los ojos—. Pero sería maravilloso tener una nueva Westallen. Me has dado mucha felicidad, Olive. ¿No anhelas tener un hijo propio? ¿Mirar ese dulce cuerpecito mientras lo tienes en brazos y ver en él la nariz de tu padre o mis ojos?

—Espero que no tuviera la nariz de papá —bromeo, porque me siento mal por decepcionarla—. Lo siento, mamá, sé que no se trata de eso. Pero, honestamente, no, no considero todo eso. Lo único que quiero es una tener hija a la que amar. Cuando llegue aquí, tú también la querrás.

Ya he elegido a la niña. Tiene diez años y se llama Gert. Sus padres están muertos, y eso es importante, porque los padres adoptivos no tienen derechos. No podría soportar que una madre apareciera dentro de unos años y se llevara a mi hija. He aprendido que los niños mayores son más difíciles de dar en adopción, ya que la mayoría de las personas prefieren primero a los bebés y después a los adorables niños pequeños de dos a tres años.

La señora Jacey, que dirige el Hogar para Niños, me ha contado que los chicos mayores pueden ser muy difíciles en todos los sentidos. Ya tienen un carácter propio, formado en parte por las dificultades familiares y que se va acentuando por el rechazo en el Hogar, al ser ignorados una y otra vez en favor de los niños más pequeños. Me

rompe el corazón pensar en esos niños invisibles que esperan su oportunidad para tener una familia, sabiendo que son ellos los que siempre quedarán al margen. Había imaginado que estarían más agradecidos si finalmente les llegaba su oportunidad, pero la señora Jacey me asegura que no es así. «Se rompen —dijo—. Entre los cuatro y siete años comienzan a romperse. Lo he visto cientos de veces. A veces me encuentro con las familias adoptantes, les pregunto cómo les va y oigo historias de rabietas y tormentos, de constantes peleas con otros críos e incluso de fugas. Se podría pensar que estar ahí los debería hacer felices, por vivir en un hogar *apropiao*, pero *p'a* ellos no es tan fácil, ¿sabe?, no una vez que empiezan a tener esas grietas».

«Grietas», dijo la señora Jacey. Su forma de expresarse puede ser cruda, pero he llegado a respetar su sabiduría nacida de la experiencia. Puede que haya grietas, pero estoy segura de que el amor y los medios para cubrir sus necesidades pueden hacerlas desaparecer. Gert lleva seis años en la casa y, al parecer, nadie ha mostrado el más mínimo interés por ella. Es cierto que es poco agraciada, tanto en su aspecto como en su comportamiento, pero no soy de las que valoran las cualidades de una muñeca en una niña. Sin embargo, me pregunto si estaría dispuesta a cambiar de nombre. No me importa que tenga una cara corriente, pero sí un nombre corriente. Sé que solo son prejuicios, pero no puedo imaginarme a una Gert Westallen.

—No puedo esperar, mamá —le aseguro sincera y apasionadamente—. He puesto mi corazón en traer una niña a casa mañana y no puedo esperar otro año con la esperanza de que un hombre aparezca y marque el comienzo del resto de mi vida. Seguiría adelante incluso si un apuesto desconocido apareciera y nos comprometiéramos esta misma noche.

Estamos sentados en el salón, con las lámparas de aceite a baja potencia. Las velas proporcionan la luz extra necesaria; todos preferimos su resplandor respetuoso y suave. Justo cuando termino de hablar se oye un golpe muy fuerte en la puerta de entrada. Las llamas de las velas saltan sobre la mecha y mis padres y yo nos miramos sorprendidos. Somos personas sensatas, pero por un momento es como si hubiera invocado a un pretendiente con mis palabras.



Nuestra criada Agatha lo hace pasar. Es el señor Miles, de la iglesia cuáquera. Nos visita a menudo. Como tiene cuarenta y siete años, y está casado con Faith<sup>3</sup> (tanto en el sentido de que su religión lo es todo para él como en el de que Faith es el nombre de su esposa), es seguro que no me libraré del desconsuelo romántico. A mis padres se les cae la cara de vergüenza cuando lo ven. Estoy segura de que nunca ha tenido una recepción semejante en nuestro hogar.

El señor Miles siempre está apurado y nervioso por algo, lo que sea, que necesita remedio. Esta noche, se siente indignado por las mujeres que están atrapadas en el «oficio más antiguo del mundo», las que trabajan en los muelles para hacer felices a los marineros. Aplaudido su preocupación pero mañana es un gran día para mí, así que me excuso temprano y me retiro.

Me siento en la cama, mirando alrededor de la familiar y querida habitación de mi niñez, que en algún momento se convirtió en la familiar y querida habitación de mi madurez. Me siento inquieta, ¿por qué? Porque al oír los golpes en la puerta ¡el corazón me dio un vuelco! ¿Qué demonios me pasa? Ya hace tiempo que no albergo esperanzas de enamorarme, estoy forjando mi propio camino. Sin embargo, justo en ese momento, pensando que, después de todo, pudiera haber algún hombre que entrara en mi vida... Va y resulta que llama a nuestra puerta el señor Miles. Había una parte de mí que tenía esperanzas, todavía. Por Dios, Olive.

¿Tienen razón mis padres? Si espero un poco más, ¿podría conocer a un marido y tener hijos propios? No creo que sea una buena práctica rehuir un paso importante cuando se acerca el momento. Seguramente eso solo puede conducir a una vida apocada e incierta. Dar pasos atrevidos, hacia delante, conduce a una vida independiente, a combatir la sensación de aislamiento, a crear un sentido y un propósito. Estoy segura de ello.

Me dirijo a la cómoda. Busco bajo las capas de ropa interior de seda y muselina y saco una bolsa de terciopelo. Vuelvo a la cama. Dentro de la bolsa están mis cartas de adivinación, la baraja atada con

---

3 N. de la Trad.: «Fe» en inglés).



una cinta verde esmeralda. Mi madre las desaprueba. Dice que la Biblia es la única fuente de orientación que deberíamos necesitar. Y, sin embargo, las utilizo cuando estoy sola, en momentos de incertidumbre. La Biblia encierra sabiduría, pero estas cartas me hablan. Tiro de la cinta y se deslizan; las atrapo entre las manos. Son grandes y se han vuelto suaves por el uso. Algunas tienen las esquinas muy desgastadas y una, la tórtola, presenta una pequeña arruga. Por eso cierro los ojos cuando las uso, para no ver ninguna de las marcas, que me resultan ya tan familiares como mi propio rostro. Las barajo con manos expertas y noto su olor, un poco mohoso, un poco picante, con el aroma cálido y dulce del recuerdo. A veces entierro la cara en esas cartas. A veces su olor es lo más reconfortante que conozco.

No necesito formular una pregunta; las cartas saben lo que estoy pensando. Barajo y corto, barajo y corto, barajo y corto, hasta que tengo tres cartas ante mí, boca abajo. Por el dorso tienen un patrón difuminado de líneas rojas que se entrecruzan en forma de diamante, con una cenefa de florecillas. Todo ello sobre un fondo de color marfil, que se ha oscurecido hasta convertirse en amarillo prímula con el paso del tiempo.

Dejo la baraja a un lado y miro las cartas que tengo delante. No sé qué pretendo ver; ni siquiera sé qué deseo ver. Si algo me distrajera ahora, no me convendría nada. Las vuelvo para ver la tirada.

La rosa. La estrella. La mujer. Representan, respectivamente, los caprichos del destino, la buena fortuna en sentido general y, bueno, ¡una mujer!

Asiento con la cabeza. Supongo que eso es lo que pensaba. No hay señales de un asunto del corazón. Ningún indicio de matrimonio. Ningún desconocido en el horizonte, ni carta, ni anillo, ni nada que sugiera, aunque sea sutilmente, que el romance y el matrimonio van a formar parte de mi vida. Me reafirmo y me reconforta. Guardo las cartas y me preparo para irme a la cama. Mañana iré a ver a Gert y le preguntaré si quiere una nueva madre.